



# **LAS PIRAÑAS**

*Miguel Sánchez-Ostiz*

Yo mismo, Perico de Alejandría, hijo, me contaron, entre otros, de una cómica y de un tragasables, lanzallamas, forzudillo, titiritero, saltimbanqui de feria en feria, de nacionalidad imprecisa, tal vez hungario o cingaro, quién sabe, mas inclusero y sin otra profesión conocida y reconocida que la de enredabailles, buscapleitos, beodo, pendenciero, desobediente, decían, de mala conducta probada, qué digo probada, indubitadamente documentada, pregonero segundo y ocasional de esta ciudad de todos los demonios, en cuyos archivos constan, también documentadas, las multas que me fueron impuestas por altercados de mayor o menor importancia en diversos mostradores de vino, tabernas, burdeles y casas llanas, por alterar el orden y la paz ciudadana a horas convenientes e inconvenientes, antes y después de la campana de la queda, por tío curda, que dicen los muchos, pacientes, minuciosos y delicados eruditos que de mí se han ocupado y se ocupan, de cuando en cuando, solo de cuando en cuando, demonio pintoresco, trasgo del rincón de la necesidad erudita; yo mismo, digo, escritor de sandeces, que de tal me tildaron, editor de hojas volanderas y papeles ligeros, fabricante de saliva, mil voces, tripascharlatanas, tañedor de chirula, experto en panoramas, cosmoramas, mundinovis y entretenimientos varios, pero siempre a vueltas con las maravillas del mundo, sus fenómenos y enormidades, mancebo de botica vieja, de botica oscura, experto en la confección del polvo de los tres diablos, aficionado que fui a servir de guía a otros viajeros ilustres que vinieron a dar con sus huesos en esta ciudad en busca de quién sabe qué milagros, qué fenómenos o qué maravillas de las que sin duda habrían oído hablar en algún apartado lugar del globo o leído en alguna fantásica relación de náufragos, que di a la luz, papeles que hablaban precisamente de esas pretendidas maravillas, de sus fondas, casas de comidas, monumentos, fuentes, iglesias, conventos y tabernones, y

de las gentes principales, de las honorables profesiones, de los aplicados oficios, de los menestrales de boina y mandilón siempre asomados a las instantáneas del tiempo ido, y muy principalmente de sus santos patrones, de los prodigios y virtudes de esta ciudad sin par, de sus fiestas, ferias y funciones, ya que de todo ello di fe, sin ser notario teniente y trabucaire, para aquel que quiso aceptarla, y fui su novelero principal, pues conmigo y con mis noticias por demás vagas se encontraban cada mañana sin moverse de su casa, una coral de voces cencerrosas en suma, y hoy, abogado de demonios familiares que otra vez me veo en las mismas calles, pues al menos a mí me lo parecen, muerto vivo, muerto sin reposo, muerto con baile de San Vito, alma en pena, brucolaco, de forma que soy el que fui y algunos más que como ladillas han aprovechado la apertura temporal del escotillón y se han venido conmigo a dar una vuelta; que arreé con mi leyenda y no me revolví en mi tumba por no tener nada digno de tal nombre, y sobre todo por no ser cornudo —los eruditos descubrieron que estuve casado con una tamborilera de Ultra-puertos, experta, demonio, en eso, en demonios, en ungüentos, en potingues, en guarrerías varias, en nada que no se pudiera quitar con vino, y que tuvo mañas para andar con osos y hacerlos bailar de puro encantamiento—, y que hoy me veo obligado a volver a la carga y a mi viejo oficio de editor de ciertos papeles que cayeron en mis manos de trapero ocasional en la tierra de nadie del otro barrio, y sobre todo de ciertas, porque lo fueron, andanzas de uno de sus ciudadanos más oscuros y sin embargo a la postre más famosos, a pesar suyo.

Otrosí digo, por escarmentado en noche helada como boca de lobo muerto, que todo lo contenido en estos papeles que pueda ofender las finas orejas, los sensibles oídos de sus señorías, y hasta las narices, pues a fe mía, que oler, huelen, a botica vieja, a callejón sin salida, a azufre y a *Valeriana officinalis*, a *Assa-phoetida*, e incluso a *Iris-phoetidissima* y hasta a Carne de Momia de la guerra de los Treinta Años, bien amojamada para que dure otros trescientos; todo lo que pueda, digo, alterar en lo más mínimo el siempre precario, inestable, como rozado por alas de colibrí, fiel de los platillos de la llamada Justicia, y no

precisamente peregrina, dispuesto a agitarse amenazador por cualquier minucia y hacer temblar al más pintado, así como los mandamientos y doctrina de la Iglesia Universal Romana, y sentir de los Santos y Doctores Sagrados, que decían como colofón los libros albardados en pellejo, debe ser tenido de otra manera como no escrito, ni puesto, ni dicho, ni pensado, ni nada... Humo.

Otrosí segundo digo, que cualquier parecido con personajes imaginarios es absolutamente intencionado y paramento fuero vices y excusatio non petita accusatio manifesta y lo que gusten y toda la faramalla de latinajos de fueros que en esta tierra saben por lo menudo todos y cada uno de los letrados, leguleyos, diputadillos, apañamortajas y otras gentes de toga pasados por sacristías, seminarios y conventos con tufo a sopa helada, que son muchos, tan irreales, tan fantasmales me resultan estos andobas, como si sus historias, sus vidas y sus mismas jetas nunca hubiesen tenido existencia, como si no los hubiera visto ni padecido jamás.

Pero mejor dejemos de hablar de mí mismo y sigamos a nuestro hombre; sigamos su atolondrada, su frenética andadura, o tal vez fuese mejor decir su deriva —«Érase una vez una hiena en una jaula»— por esta M.N. y M.L., e incluso Imperial, Ciudad, que para él es como un laberinto, un laberinto de feria, un laberinto de espejos en los que, si entras muy chispo, te das un morrazo contra tu propia imagen cuando crees haber encontrado la salida. Hay que ver qué ciudad... Vaya... Me han ardido los papeles en las mismísimas narices, como si fuera cosa de mágicos, de mi tamborilera sin ir más lejos, cosas de mi tenebrosa morada, chamusquina y cenizas que vuelan con el viento sur, que estos días chirrían las veletas y las capelas como nunca, y lo tizna todo a su paso como carbonilla de locomotora sobre nieve de invierno o de primavera recién estrenada que tanto da; pero no importa, el salchucho tiene compostura. No hace falta, como digo, sino seguir los pasos de nuestro hombre para saber qué había en los papeles, y además... Escondámonos que aquí viene...